

HACIA UNA CRÍTICA DE LA POLÍTICA PURA:
APUNTES SOBRE LA RAZÓN POPULISTA DE ERNESTO LACLAU

John Kraniauskas
Birkbeck College, Londres
j.kraniauskas@bbk.ac.uk

Traducción: Nick Morgan y Jeffrey Cedeño

La razón populista (2005) revela un hecho fundamental sobre el programa de investigación de Ernesto Laclau ante el cual muchos, entre ellos los editores del reciente *Laclau: A Critical Reader* (Critchley y Marchart: 2004), siguen demostrando una notable ceguera: a saber, que el populismo, como concepto y como experiencia histórica, constituye el centro de gravedad de su obra. Los aportes de Laclau a la reconfiguración del concepto gramsciano de hegemonía y su propia versión de la democracia radical (en co-autoría con Chantal Mouffe) no pueden concebirse sin su propia experiencia histórica del populismo en Argentina y sus intentos posteriores, primero, de conceptualizarlo y, luego, de extender su lógica a la política en general. La hegemonía o, mejor dicho, lo que ahora podríamos denominar un *principio performativo de hegemonización*, es el mecanismo de esta generalización. El populismo también subyace en las reflexiones más recientes de Laclau sobre la universalidad y sus incursiones en el pensamiento crítico post-marxista. Éste es el proyecto intelectual de Laclau: la traducción del “populismo” en “política” por medio de la “hegemonía”. *La razón populista* resume los desarrollos principales de este proyecto hasta la actualidad.

Este artículo evalúa las fortalezas y debilidades del programa de investigación de Ernesto Laclau y de cierto tipo de análisis del discurso. Subraya en particular la importancia de *La razón populista* (2005), trabajo reciente de Laclau que es considerado como un resumen de su proyecto teórico hasta la fecha. Mientras se reconoce la inmensa riqueza del acercamiento laclauiano al lenguaje, a la política y al poder —sobre todo en su análisis del populismo como representativo de las lógicas políticas más que como una excepción— el énfasis del artículo sugiere una serie de problemas. Entre éstos está el del materialismo discursivo, pretensión confusa en la obra de Laclau que se basa en el papel del discurso en la constitución de lo social. Emergen dos críticas importantes: por una

Recepción: 3 de marzo de 2007
Aceptación: 29 de junio de 2007

La razón populista retoma la discusión crítica del populismo que Laclau ensayó por primera vez hace casi treinta años en su *Política e ideología en la teoría marxista* (1977) —un deslumbrante trabajo althusseriano de los años 70, que caracterizó el populismo como “un complejo sintético-antagónico con respecto a la ideología dominante” (172-3). El lenguaje teórico de Laclau puede haberse modificado, al igual que su modo de ver el tipo de objeto que es el populismo (ya no es una mera ideología, sino una práctica discursiva, concebida de modo confuso como “material”, por ser constitutiva), pero queda claro que se trata de una evolución teórica y no un cambio total de perspectiva¹. El antagonismo sigue siendo fundamental. Es, según *La razón populista*, “el fundamento de una frontera interna que separa al ‘pueblo’ del poder” (74). Lo mismo puede decirse de la síntesis, o la producción del “pueblo” —“la articulación de una serie de demandas según una lógica de equivalencia” (74). Este es el lado “hegemónico” del populismo, que emergió por primera vez en *Hegemonía y estrategia socialista* (1985). Es en el momento de pensar la “articulación”, cuando se hace más evidente el desarrollo del pensamiento de Laclau: desde una posición crítica original dentro del marxismo hasta su pronto y decisivo abandono.

En *Leer el capital* (1979) Althusser presenta el concepto de la articulación como el instrumento teórico que permite pensar aquello que “totaliza la totalidad” (107)² —de forma sincrónica y estructural, más que de forma dialéctica. Da cuenta de las relaciones establecidas entre aquellas instancias de lo social que se definen en función de su autonomía relativa y cuyas lógicas específicas podrían

parte, que el análisis de Laclau tiende a subestimar la importancia de las formas culturales en el terreno de lo político y, por otra, que privilegiar a Lacan es en última instancia incoherente, dada la hostilidad hacia lo político que subyace en la obra del pensador francés.

Palabras clave: Ernesto Laclau, discurso, populismo, hegemonía.

Towards a Critique of Pure Politics: Notes on Ernesto Laclau's On Populist Reason.

This article evaluates the strengths and weaknesses of Ernesto Laclau's research programme and, in the process, of a certain kind of discourse analysis. The particular emphasis is on Laclau's recent *On Populist Reason* (2005), which is regarded as a summing up of his theoretical project to date. While recognising the immense value and richness of Laclau's approach to language, politics and power —especially in its reading of populism as representative of political logics rather than as an exception— the

ser captadas mediante el desarrollo de “teorías regionales”. Tales instancias de lo social mantienen entre sí relaciones, no de interioridad (o dialécticas), sino de exterioridad (o estructurales). Laclau aborda la misma tarea al intentar el análisis de las superestructuras político-ideológicas en *Política e ideología*, donde pregunta: “¿en qué consiste la forma de una ideología?”. Sugiere que la respuesta no está en la “pertenencia” de clase o en el contenido literal o referencial de un discurso ideológico, sino en “el principio de articulación de sus interpelaciones constitutivas” (160). La ideología nacionalista o las interpelaciones populistas analizadas por Laclau en sus estudios tempranos del fascismo y del populismo (y tales interpelaciones populistas, insiste entonces, son también fundamentales para cualquier movimiento socialista exitoso), no pueden derivarse de la posición de clase o de “lo económico”, es decir, de una expresión de la contradicción entre las fuerzas y relaciones de producción.

Las huellas de este althusserianismo temprano todavía son visibles en *La razón populista*, especialmente en su anti-hegelianismo obstinado. Al desarrollar la noción de la hegemonización populista, por ejemplo, Laclau argumenta a favor de una dinámica política de “objetos parciales” (o particularidades) que se resisten a la subsunción dialéctica (o universalidad). La articulación sigue siendo fundamental aquí, pues constituye un medio para pensar la totalidad, aunque ésta se entiende ahora como puramente contingente y siempre incompleta. Lo cual no constituye una sorpresa, ya que las inquietudes teóricas y políticas de Laclau surgen a raíz de los esfuerzos de Althusser por li-

main thrust of the article suggests a number of problems. Not least amongst these is the problem of discursive materialism, which is confusingly claimed for Laclau's approach given his view that discourse is constitutive of the social. Two other major criticisms emerge: on the one hand that Laclau's analysis tends to ignore the specificity of cultural forms in the realm of the political, and on the other that his privileging of Lacan is ultimately incoherent, given the basic hostility to the political that underlies Lacan's work.

Key Words: Ernesto Laclau, Discourse, Populism, Hegemony.

berarse del espectro del determinismo económico y desarrollar las consecuencias teóricas de la idea de sobredeterminación como concepto histórico. Esta trayectoria teórica también establece los parámetros de lo que con el tiempo será el posmarxismo de Laclau, lo que genera problemas sobre cómo, por ejemplo, extender temporalmente las coyunturas sobredeterminadas que detecta y analiza en *historias* —de forma que sean más que series diacrónicas, y que involucren el cambio más que una mera secuencia del estado de las cosas³. En este sentido, el uso que hace Laclau de la idea de la articulación constituye el contenido teórico de su formalismo.

Para subrayar la naturaleza relativa de la autonomía de las instancias superestructurales (al igual que su compromiso, en aquel entonces, con una ciencia marxista de la historia), en *Política e Ideología* Laclau recurre a la idea de una “doble articulación” en la que el aspecto no-clasista (“*non-class*”) o popular de las relaciones de dominación de una formación social es puesto en una relación definitiva, pero a la vez sobredeterminada, con la categoría de clase y las relaciones de producción, sin derivarse de ellas. Aquí, la lucha de clases se libra en el terreno —y en el medio ideológico— de las relaciones de dominación, caracterizado por la oposición entre el Estado y el pueblo. Por un lado, la idea de una doble articulación asegura teóricamente la presencia de la determinación económica en la comprensión de la política y la ideología, mientras que por otro reconfigura las modalidades de sus efectos. Esto es lo que desaparece en los análisis posteriores de Laclau donde la dimensión de “clase” es sencillamente un elemento más entre una multiplicidad de elementos que cobran forma mediante la articulación política. Las relaciones de producción se subordinan a las relaciones de dominación: las contradicciones de clase se subordinan a los antagonismos políticos contingentes.

El concepto de articulación, por lo tanto, tiene dos caras. Desempeña un papel central tanto en los análisis formalistas que hace Laclau del fascismo y del populismo como en su intento teórico de superar el determinismo económico en “última instancia” y así dotar las prácticas político-ideológicas —en particular la hegemonía— de una sustancia propia en cuanto a la producción de los sujetos de la transformación social. Este ideologismo fue utilizado posteriormente por una sección importante de la izquierda en el Reino Unido, por ejemplo, para entender el *thatcherismo*, de forma equívoca, como “populismo autoritario”. En *Política e Ideología*, Laclau ya sugería que la famosa “particula-

ridad de los ingleses” —esto es, el poder de la aristocracia terrateniente dentro del capitalismo británico— revela el *poder ideológico* de la burguesía más que —como lo sostiene Perry Anderson— su debilidad económica (162). Asimismo, desde esta perspectiva, el auge del fascismo no es sólo un síntoma de la crisis de la hegemonía burguesa en la transición hacia el capitalismo monopolista, sino también una crisis en la capacidad de las instituciones de la clase obrera para generar interpelaciones populares, democráticas y nacionales (es decir, una ideología hegemónica)⁴. En la obra de Laclau, la contracara del intento de escapar del determinismo económico concluye, al transitar por el concepto althusseriano de articulación, en una inflación de la instancia ideológica. De hecho, su conceptualización de la política es esencialmente como práctica ideológica, y los cambios que ha introducido abordan cómo pensar tal práctica —por ejemplo, en tanto “discurso”— y sus efectos.

Las insuficiencias del análisis reduccionista del fascismo por parte del movimiento comunista, sobre todo en su tercer período, se contrasta de forma radical con la experiencia personal que tuvo Laclau del poder articulador del peronismo en la Argentina entre los años cuarenta y setenta —descrito tanto en *Política e Ideología* como en *La razón populista*— y la emergencia en su seno de un poderoso movimiento de izquierda. En tales casos, la articulación (la síntesis o “condensación” de las interpelaciones), y no la reducción, es la clave para entender la formación de nuevos bloques de poder —y, para Laclau, el peronismo clásico tenía un gran poder de mediación de intereses diferentes. La articulación es lo que llega a definir la práctica política para Laclau, y es por causa de la ausencia de tales consideraciones que en *La razón populista* critica la conceptualización de la “multitud” de Hardt y Negri como carente, paradójicamente, de una dimensión política, ya que en su singularidad no se “relaciona” con otras demandas. Con otras palabras, es demasiado religiosa. Como respuesta, sin embargo, estos últimos insisten en el “éxodo”, y argumentan que la política articuladora de hegemonización defendida por Laclau (en concordancia con Gramsci) sigue siendo soberana y, por ende, definida por parámetros estatales.

Pensar el excepcionalismo político como algo normal ha sido fundamental para las reflexiones de Laclau sobre el fascismo y el peronismo, para su visión de la política y para las preguntas que ha hecho de la ortodoxia marxista. Éstas tienen sus orígenes dentro de la tradición marxista, específicamente, en el

J. Kraniauskas. Hacia una crítica de la política pura...
Estudios 16:31 (enero-junio 2008): 71-83

marxismo político inaugurado por las reflexiones de Gramsci sobre el sentido político-cultural de la revolución bolchevique (una revolución, en sus palabras, “contra *El capital*”), por una parte, y en la emergencia del fascismo en Italia (la “cuestión nacional”), por otra. En su artículo “La revolución en contra de *El capital*” de 1917, el joven Gramsci escribe:

En Rusia, *El capital* de Marx era más bien un libro de la burguesía que un libro del proletariado. Era una demostración de la necesidad del curso que los eventos deberían tomar en Rusia: una burguesía tenía que desarrollarse, la era capitalista debería inaugurarse y la civilización según el modelo del Occidente introducirse, antes de que el proletariado pudiera siquiera empezar a pensar en su propia rebelión, sus propias demandas de clase, su propia revolución. Pero los eventos han rebasado la ideología. Los eventos han estallado los esquemas históricos desde los cuales la historia rusa debería desarrollarse según los cánones del materialismo histórico. Los bolcheviques han renunciado a Karl Marx y han mostrado, con el respaldo de acciones reales, de logros reales, que los cánones del materialismo histórico no son tan absolutos como se había pensado, como se *ha* pensado (1994: 39-40).

Lo que comparten estos procesos históricos son los efectos percibidos del desarrollo desigual, uno de los cuales es fundamental: las tareas históricas que en el marxismo historicista se atribuyen de forma convencional a la burguesía (por ejemplo, la construcción de la nación y la democratización) pueden ser apropiadas por otra clase (en un proceso conocido como la “revolución permanente”). En su *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990), Laclau desarrolla esta idea, subrayando sus efectos de “dislocación” constitutiva e insistiendo en que “el campo de lo desigual es, en el sentido estricto de la palabra, el campo de la política” (50)⁵. Una vez más, esto demuestra la naturaleza no necesaria de la relación entre una ideología particular y la noción de clase. Estas experiencias son el crisol del concepto gramsciano de hegemonía —además de conceptos afines como la diferencia entre la “guerra de posiciones” y la “guerra de maniobra”— cuya genealogía anti-reduccionista es trazada por Laclau y Mouffe en *Hegemonía y la estrategia socialista*. Es también la fuente histórica de las críticas de la manera en que Laclau se apropia de

Gramsci: privilegia la producción de las subjetividades políticas —la “voluntad colectiva” en cuanto instancia ideológico-discursiva— sobre las instituciones políticas en su conceptualización de la hegemonía.

Hegemonía y la estrategia socialista es el texto con el que Laclau se despidió del marxismo, al entrar, por la puerta abierta por el concepto de hegemonía, en el “posmarxismo”. En este libro la categoría de clase pierde su privilegiado poder articulador y el trabajo de la ideología se materializa como “discurso” (esto es, como un materialismo del sujeto). Finalmente, es aquí donde Laclau y Mouffe invierten el determinismo económico de lo social al sugerir, en cambio, la institución política (es decir, hegemónica) de lo social⁶. *La razón populista* sigue este camino que, parafraseando a Kant, podría llamarse el de la “política pura”. Lo que se pierde también es la conexión del poder político —institucionalizado, por ejemplo, en el Estado— con la acumulación y la explotación. En esto Laclau también sigue el camino abierto por Gramsci, según las críticas de Althusser en sus escritos tardíos, en su intento de ir más allá de los límites de Marx al reflexionar sobre las superestructuras⁷. Sin duda, las críticas del marxismo de Laclau plantean preguntas importantes en cuanto a su postulación eurocéntrica y “productivista” de un sujeto privilegiado de la emancipación —con todo lo que excluyen tales conceptualizaciones. En este sentido, tanto el concepto de lo “popular” de Laclau —como el concepto de “multitud” de Hardt y Negri— relativiza históricamente la figura emancipatoria ortodoxa del proletariado industrial (Hardt y Negri, 2004)⁸. Pero no alcanza a dar respuestas históricas a estas preguntas, respuestas que superarían el presente continuo de un coyunturalismo diacrónico o de serie, fundamentado, en gran medida, en la estructura lingüística: en la metáfora y la metonimia. Lo social aparece, en las palabras conocidas de Lacan, “estructurado como un lenguaje”⁹.

Similar al ensayo “Hacia una teoría del populismo”, en *Política e ideología*, *La razón populista* se inicia con un recuento de las insuficiencias de las teorías existentes. Para la mayoría de éstas el populismo representa una forma de excepción o irracionalismo político (producto de las ansiedades producidas por la democratización moderna, según Laclau), mientras que el término mismo se considera vago e inoperativo porque su campo de referencia es tan amplio que resiste su definición. Pero no sólo hay una razón y una lógica en el populismo, según Laclau (una “lógica de equivalencia” fundamentada en el

antagonismo), sino que su falta de contenido determinado resulta esencial en su identidad. El acercamiento de Laclau es a la vez rigurosamente formalista y performativo: al cristalizarse en formas particulares, el populismo se resiste a determinaciones conceptuales establecidas *a priori*. Es en este sentido que se entiende como ejemplar para un pensamiento no reduccionista de la política en general. ¿Por qué el “populismo” es un objeto tan difícil de definir? La respuesta de Laclau es porque describe un proceso de hegemonización en el que ciertas “reivindicaciones” (demandas que han sido rechazadas por el Estado y, por lo tanto, reformuladas mediante el antagonismo) se fusionan para formar una unidad opositora que transita por diferentes sectores sociales (“totalizados por la equivalencia”) sin perder su particularidad. El sujeto populista está siempre, por lo tanto, no sólo ya dislocado —y por ende también “abierto”, como todos los sujetos para Laclau—, sino que es definido por la multiplicidad. Pero eso implica que siempre se ve amenazado desde dentro por las particularidades contenidas en su síntesis. La particularidad “corporativista” sigue intacta por la tendencia universalizante de la totalización populista.

Es la fusión de las demandas re-producidas mediante el antagonismo y la equivalencia lo que constituye la dimensión performativa del populismo para Laclau, mientras que su formalismo se evidencia en el sujeto “articulado” (o “identidad”) que resulta, más que en el contenido, literal o social, de las reivindicaciones. Con otras palabras, con tal que sean antagónicas al Estado (y por lo tanto democráticas, sugiere Laclau), y produzcan mediante su fusión un sujeto popular potencial, estas reivindicaciones podrían contener cualquier demanda, incluyendo, claro está, demandas fascistas. Por eso, Laclau concluye *La razón populista* insistiendo en que “sólo podemos empezar a entender el fascismo si lo consideramos como una de las posibilidades inherentes a las sociedades contemporáneas” (250). Esta advertencia representa un capítulo más en la polémica de Laclau en contra de la incapacidad del movimiento comunista para analizar de forma adecuada —para, de este modo, enfrentar— tanto el fascismo como movimientos populistas como el peronismo. Sugiere que todavía vive subordinado a “fetiches emocionales” que nublan su juicio, tales como la “lucha de clases” y la “determinación en última instancia por la economía”. La crítica que hace Laclau en *La razón populista* de la política hegeliana de Žižek es devastadora en este sentido: “en su rechazo contundente de todas las luchas ‘parciales’ [...] Žižek no puede postular teoría alguna del sujeto de la emanci-

pación [...] Uno acaba preguntándose si está anticipando una invasión de extraterrestres” (238). Desde la perspectiva de Laclau, Žižek piensa la política de forma mítica, es decir, desde la universalidad vaciada de particularidad en vez de la particularidad vaciada y universalizada (es decir, equivalencial)¹⁰. Laclau ensaya su crítica de Žižek en una discusión previa de cómo Hegel y Marx excluyen la particularidad de sus conceptualizaciones de la universalidad —como “lo absoluto” o “el comunismo”. Pero el historicismo de ambos —con su lógica desarrollista de *realización* dialéctica— excluye tal posibilidad (Kraniauskas: 2005). En un momento poco característico de auto-afirmación ilustrada, Laclau evoca aquí un ideal de “rigor obstinado” en el pensamiento que, claramente, cree que una izquierda tímida no ha sabido asumir.

La dimensión performativa del populismo es, ciertamente, de importancia histórica: la figura de Eva Perón en Argentina o la estetización fascista de lo político son ejemplos evidentes. Pero Laclau tiene muy poca sensibilidad hacia la importancia para los movimientos políticos de la forma cultural. Más bien, a su modo de ver, lo performativo relaciona el populismo directamente a lo afectivo. Es aquí donde el psicoanálisis entra en el análisis de Laclau: ya no como interpelación, que funciona desde arriba hacia abajo, sino mediante una inversión catéctica, amarrando a los sujetos impulsados por la “demanda” (el deseo político) a un “*objet petit a*” (el “otro pequeño” o “pedazo de lo real” lacaniano ubicado, como principio materno, dentro del orden simbólico) —o particularidad afectiva. En lo político esta “superficie de inscripción” hace las veces de un tipo de reconciliación en común con miras a un horizonte ubicado más allá de las múltiples particularidades aglomeradas en la equivalencia, además de una identidad popular, “el pueblo”, que representa y totaliza la cadena equivalencial de demandas articuladas. Este es el trabajo de lo que Laclau llama un “significante vacío” (en contraste con los “significantes flotantes”, que emergen cuando las fronteras internas de los antagonismos sociales se desplazan produciendo luchas competitivas entre diferentes proyectos por la hegemonía). Los significantes vacíos, insiste Laclau, nunca pueden conceptualizarse o derivarse directamente de contenidos políticos o históricos pre-existentes, sino que son *encarnados* de manera afectiva y pulsional y “nombrados” de forma retrospectiva.

Este aspecto performativo del populismo es un intento de dar cuenta de sus entusiasmos jacobinos y su contenido afectivo que para Laclau constituyen el

fundamento ontológico de la política¹¹ —el resultado teórico de una apropiación “democratizante” de los varios intentos de Freud de analizar el lazo constitutivo entre el líder y el grupo social. En la versión populista de Laclau, aquél ya no es el padre autoritario sino otro hermano más, uno entre iguales, y, como modelo para pensar la hegemonía de una reivindicación de equivalencia entre otras, es el medio a través del cual se produce la identidad política populista.

En el nuevo análisis de Laclau, la forma “popular” está por lo tanto atravesada por el deseo o, más bien, por una pulsión que desafía a la razón. Pero tal afecto, ¿no es siempre ya mediado de antemano, o por la forma cultural —en la medida en que, por ejemplo, Eva Perón hace del Estado peronista un acontecimiento mediático melodramático— o por la lógica que la formulación de reivindicaciones —como demandas rechazadas— requiere para su totalización? Desde este punto de vista el populismo peronista se define no sólo desde el antagonismo movilizado en su “superficie de inscripción” (por ejemplo, en la figura de “Evita”), sino también, y particularmente, en su combinación simultánea con un aspecto de síntesis desmovilizador. Asimismo, nunca queda claro por qué el sujeto producido de esta manera es un sujeto “popular”, es decir, un “pueblo”. ¿Por qué este “nombre”? *Hegemonía y estrategia socialista* ofrece una “genealogía” de la idea de la hegemonía; pero *La razón populista* está marcada por la ausencia de una historia del “pueblo” —del tipo ofrecido por Agamben en *Homo sacer* (1998) por ejemplo, donde se esboza la diferencia entre un “pueblo soberano” y un pueblo entendido en términos bio-políticos.

En este punto psicoanalítico, el argumento de Laclau empieza a desmoronarse. Depende en exceso de una crítica legitimadora del reduccionismo. Después de proclamar (contra Žižek) la incompatibilidad de Hegel y Lacan, Laclau subraya un momento de identidad fundamental en el trabajo de Gramsci y Lacan:

La lógica del objeto *petit a* y la lógica hegemónica no son meramente semejantes: son simplemente idénticas. Es por eso que, dentro de la tradición marxista, el momento gramsciano representa una ruptura epistémica tan profunda: mientras que el marxismo tradicionalmente soñaba con acceder a una totalidad sistemáticamente cerrada (determinada en última instancia por la economía, etc.), el acercamiento hegemónico rompe de forma decisiva con esa lógica social esencialista. El único horizonte totalizador posible

es representado por una particularidad (la fuerza hegemónica) que asume la representación de una totalidad mítica. En términos lacanianos: un objeto se eleva a la dignidad de la Cosa (116).

El principio formalista de la articulación entre campos autónomos se derrumba aquí en su realización performativa, y se postula una identidad entre la economía libidinal y la formación política, en la cual la invención teórica de Gramsci se reduce a la proto-ciencia de Lacan. El rechazo de un “sueño” simplista y reduccionista encubre un nuevo reduccionismo hecho a la medida de Laclau en el cual la voluntad evidente de Lacan de no solamente diferenciar, sino también de *excluir*, lo político (“el bien soberano”) de su ética militante psicoanalítica —representada por la lealtad que Antígona mantiene con su deseo (y “la Cosa”) más allá de la soberanía— es ignorada (Lacan: 1999). (De hecho, una de las razones por las que las pronunciaciones políticas de Žižek nunca convencen, se debe a que tropiezan torpemente con sus propias condiciones lacanianas de enunciación).

Si, por un lado, Laclau se aparta del concepto althusseriano de articulación en su reducción performativo-afectiva de lo político (hegemonía), por otro, se mantiene fiel a lo que era supuestamente provisional en Althusser: la dimensión psicoanalítica del concepto de ‘sobredeterminación’, tan importante para sus nociones anti-hegelianas, primero, de ‘coyuntura’ y, segundo, de historia sin sujeto.

Notas

¹ Como ha señalado Oscar Guardiola-Rivera, en una comunicación personal, el último libro de Laclau también incluye formulaciones (post-)heideggerianas —como, por ejemplo, referencias a la “diferencia ontológica”— pero, según mi criterio, más que romper con su post-althusserianismo, lo extiende. Quisiera agradecer la ayuda de Phillip Derbyshire, Oscar Guardiola-Rivera y Peter Osborne en la escritura de este ensayo.

² Según la versión inglesa: “makes the whole a whole”.

³ Para un análisis del concepto althusseriano de “coyuntura”, véase Osborne (1995) y Kraniauskas (2005). En una próxima aproximación al trabajo de Laclau destacaré también la importancia teórica de su pertenencia a la “Izquierda Nacional” argentina durante los sesenta para su obra.

J. Kraniauskas. Hacia una crítica de la política pura...
Estudios 16:31 (enero-junio 2008): 71-83

- ⁴ Véase el ensayo “Fascism and Ideology” en Laclau (1977): “si el fascismo fue posible fue porque la clase obrera, tanto en sus sectores reformistas como revolucionarios, había abandonado la arena de la lucha democrático-popular” (124).
- ⁵ La idea de “dislocación” —también asociado por Althusser tanto con el desarrollo desigual como con la articulación— se encuentra en *Leer el capital* (1979: 91-118).
- ⁶ Véase Osborne (1991). En *La razón populista* Laclau insiste en que su “noción de ‘discurso’ [...] involucra la articulación de palabra y acción [...] encarnados en prácticas materiales que pueden adquirir fijeza institucional” (106). Aquí, el ideologismo inflado de Laclau es transformado en una suerte de “discursivismo” lacanizado.
- ⁷ En *Marx en sus límites* (2003), Althusser insiste en que el Estado y la fuerza son sublimados por Gramsci en su concepto de “hegemonía”: “todo es político [...] la ‘sociedad política’ no tiene exterioridad” (150).
- ⁸ En este sentido, Laclau se refiere particularmente a la obra del sociólogo José Nun sobre la “masa marginal” (146).
- ⁹ Estas historias tendrían que empezar, por ejemplo, con las experiencias del capitalismo en América Latina —la no-coincidencia entre urbanización e industrialización, la violencia estatal y la mercantilización feroz (incluso de la vida cotidiana), etc.— que contextualizarían las ideas tanto de Laclau como de Nun.
- ¹⁰ Si por un lado Žižek se diferencia de Badiou, en cuanto que su radicalismo político se apoya en el intento de pensar su mediación económica (a veces confundiendo lo real lacaniano con el capital y la experiencia de la explotación con el trauma), por otro se convierte en el vocero de su militancia política que reduce a la articulación política —en el sentido de Laclau— a la fe o al fanatismo, es decir, a la fidelidad a la verdad del evento. Laclau ensaya su crítica de Žižek en una discusión de cómo Hegel y Marx excluyen la particularidad de sus conceptualizaciones de la universalidad —como “lo absoluto” o “el comunismo”. Pero el historicismo de ambos —con su lógica desarrollista de *realización* dialéctica— excluye tal posibilidad (véase Kraniauskas, 2005).
- ¹¹ Según Copjec (2002), “el objeto a”, motor pulsional, “es ese trozo del no-ser en el centro (‘core’) del sujeto” y “en Freud, la teoría de la pulsión sustituye a una ontología” (7).

Bibliografía

- Althusser, Louis (2003) *Marx en sus límites*. Madrid: Akal.
- Althusser, Louis y Etienne Balibar (1979) *Reading Capital*. London: Verso.
- Copjec, Joan (2002) *Imagine There's No Woman: Ethics and Sublimation*. Cambridge: The MIT Press.
- Critchley, Simon y Oliver Marchart (eds.) (2004) *Laclau: A Critical Reader*. London y New York: Routledge.
- Gramsci, Antonio (1994) "The Revolution Against *Capital*" en Bellamy, Richard (ed.). *Pre-Prison Writings*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 39-42.
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2004) *Multitude: War and Democracy in the Age of Empire*. New York: Penguin.
- Kraniauskas, John (2005) "Difference Against Development: Spiritual Accumulation and the Politics of Freedom". *boundary 2* 32:2: 53-80.
- Lacan, Jacques (1999) *The Ethics of Psychoanalysis 1959-1960*. Ed. Jacques-Alain Millar, Trad. Dennis Porter. London: Routledge.
- Laclau, Ernesto (1977) *Politics and Ideology in Marxist Theory*. London: Verso.
- _____ (1990) *New Reflections on the Revolution of Our Time*. London: Verso.
- _____ (2005) *On Populist Reason*. London: Verso.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (1985) *Hegemony and Socialist Strategy*. London: Verso.
- Osborne, Peter (1991) "Radicalism Without Limit? Discourse, Democracy and the Politics of Identity" en Osborne, Peter (ed.). *Socialism and the Limits of Liberalism*. London: Verso, pp. 201-225.
- _____ (1995) *The Politics of Time: Modernity and Avant-Garde*. London: Verso.